

El comportamiento educativo

JOSÉ GERARDO GUARISMA ÁLVAREZ

Rector de la Universidad Bicentenario de Aragua, Venezuela

Uno de los aspectos básicos que conforma la denominada educación integral está sin duda referido a la conducta del individuo que la adquiere. Sin embargo, es muy probable que confundamos educación integral con instrucción integral, por el énfasis que hacemos en el contenido por encima del continente, habituados como estamos a creer que el conocimiento se fundamenta en la conciencia de la información. Se nos escapa la arista más interesante de la pirámide educativa, se nos escapa la valoración. Todo radica, de nuevo, en aquella búsqueda del equilibrio de las certezas que tanto ocupó la búsqueda de la verdad en la filosofía.

Sin embargo, es justo reconocer los avances que en el tiempo ha tenido el discurso educativo. Sobre todo en su idea implícita por democratizar la calidad, aspiración que sigue siendo su búsqueda en todo momento y lugar, la de procurar un espacio y un tiempo para ser mejores. Para buscar saber lo que debemos saber. Para fomentar el desarrollo individual y el social. Para enseñar que las diferencias no son incompatibles, son complementarias. Pero también para adentrarse en la idiosincrasia de una población que no es igual a otra, que tiene su propia historia educativa, la cual cuenta con hechos y sucesos dignos de inventariarse, tanto en aciertos como en fallos. La soberanía de un pueblo se mide en su cultura más que en el territorio que ocupa. Vale la pena preguntarse, ¿se ocupa la población de sí misma?; ¿cuenta con una educación de la cual pueda sentirse orgullosa?; ¿el pueblo se recita asimismo de memoria pero no se comprende?

Evidentemente, todo parte de una reflexión en profundidad cuando decidimos en eso de elegir destinos. La educación es la base de la estrategia de selección. Es la más poderosa herramienta de progreso social que haya inventado la Humanidad para mantener sus sueños de libertad, de igualdad de oportunidades, de fraternidad en el respeto y consideración a la entidad humana.

Si la Educación nos entrena para ser mejores, ¿por qué no lo hemos hecho?, ¿por qué fallamos como sociedad cuando el conocimiento, la piedra angular del progreso, se discute y desarrolla en los centros de conocimientos? La respuesta es muy sencilla. El conocimiento se queda atrapado en las instituciones educativas. Es como si nos hubiéramos puesto de acuerdo sin escribirlo. Pensamos que el conocimiento debe debatirse solo dentro de las instituciones. Le damos una vida maravillosa al quehacer académico, pero dejamos al exterior sin apersonarse en la aplicación de ese conocimiento.

Es entonces cuando los espacios para el avance se cierran y la apertura aborta antes de nacer. Fuera de las instituciones educativas el mundo sigue siendo el mismo. El egresado pierde la conciencia

Revista Iberoamericana de Educación

ISSN: 1681-5653

n.º 47/2 – 10 de octubre de 2008

EDITA: Organización de Estados Iberoamericanos
para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI)



activa de la aproximación, y el puente entre institución educativa y sociedad queda de nuevo roto, como si repitiéramos el sortilegio de comenzar de nuevo sin haber avanzado.

Obviamente, esa no es la verdadera realidad o circunstancia. Pero es su percepción, la manera como llega a nosotros y por lo tanto la que identificamos. Los cambios aparecen, pero muy lentamente. Mientras el mundo que nos rodea produce esos cambios a una velocidad vertiginosa, nosotros lo hacemos tardíamente. De allí que terminamos comprando la tecnología que otros producen y no las nuestras. Igual pasa con las ideas. Copiamos en demasía el pensamiento de otras culturas, cuando incluso el resto del mundo nos clama que hablemos de nuestra diferencia para contarnos entre sus activos. Pero nosotros optamos por pasar por debajo de la mesa, sin producir una interconexión entre nuestra producción de saberes que nos permita inventariar nuestra inteligencia colectiva, potenciando nuestra capacidad y nuestros recursos para revertir la situación y adoptar la postura adecuada de una sociedad productora de bienes culturales, intelectuales, espirituales además de los materiales.

Quizás el haber "cosificado" el discurso cultural sea la circunstancia más letal en eso de buscar y obtener una aproximación exitosa para nuestro ser nacional. Quizás porque nuestro concepto de cultura no trasciende lo arqueológico. Y no es adoptando la conducta del cangrejo ermitaño, que busca la concha marina abandonada para refugiarse en ella, como podemos superar esta situación. Se trata de entender que cultura no es solo tradición y folklore. Cultura es actitud. Actitud de éxito, de avance, de progreso. No de miedo a la transculturización, el temor atávico a la globalización. Al contrario, es globalizar lo mejor que tenemos y dejar atrás los complejos colectivos y el ermitañoismo que pudiéramos tener.

De allí que la conducta de la educación, lo que he denominado el comportamiento educativo, debe reorientarse para buscar espacios más universales, para comprender, manejar y utilizar adecuadamente y a nuestro favor, el conocimiento que nos llega desde fuera. Y para traducir nuestros propios saberes y exportarlos. Para profundizar en nuestro propio entendimiento, a los efectos de aprender de la conectividad de nuestros problemas y mejorar nuestra comunicación para superarlos. Vale decir, que la educación trascienda a la instrucción, y se convierta en un proceso que confiera fortaleza a nuestra identidad. Que brinde seguridad en vez de celos, que produzca confianza en vez de temores, que produzca talleres y telares de creatividad, de talento.

Es hora de que a la comunidad se le pueda brindar un nuevo concepto de extensión universitaria. Una extensión que trascienda la formalidad para acceder a la informalidad a la que no llega, pero en donde se encuentra una apreciable cantidad de seres que se hacen incompetentes para operar exitosamente en la sociedad en la cual convivimos. Una extensión que propicie el reclutamiento temprano del talento antes que este se desvirtúe y sin mezquindad, pueda adoptar un acercamiento más allá de las edades, las etnias y los géneros.

Requerimos de un comportamiento educativo polivalente. Que pueda identificar y producir conexiones, vinculaciones, comunicación, colaboración. Un comportamiento educativo que traduzca el pensar en el hacer y corregir tanto desarreglo en nuestra urbanidad, en nuestra conciencia ciudadana, tanto como pensamos aportar en la creación de tecnología. De plantearnos un real equilibrio sin apasionamientos depende el futuro. De seguro llegaremos al desarrollo si lo emprendemos. Pero para ello, necesitamos el comportamiento educativo que nos brinde la convicción y la oportunidad para lograrlo.

Correo electrónico: josegerardoguarismaalvarez@gmail.com